

# *La guerra de Independencia: la resistencia insurgente*

JOSÉ PORFIRIO NERI GUARNEROS

**M**iguel Hidalgo, Aldama y Allende iniciaron en 1810 la lucha contra los europeos y a pesar de que fueron derrotados, supieron encaminar a los grupos de la sociedad a la causa independentista. El periodo de lucha de estos caudillos fue el inicio de un movimiento revolucionario que duró once años. A la muerte de los primeros líderes insurgentes, la insurrección fue continuada por Ignacio López Rayón y José María Morelos, quienes le dieron al movimiento insurgente organización, estrategia y carácter militar. Fusilado Morelos en 1815, la resistencia se debilitó ante la falta de cohesión y dirección necesaria, pero su muerte no significó el fin del movimiento.

Entre 1816 y 1820 hubo una etapa de resistencia aislada en distintas partes de la Nueva España gracias a Francisco Javier Mina, Pedro Moreno, Vicente Guerrero, Nicolás Bravo y Guadalupe Victoria, entre otros. La resistencia mantuvo encendida la llama de la independencia: se buscaba la libertad y la justicia. Pero antes de tratar este tema, conviene abordar, aunque a grandes rasgos, el inicio y auge del movimiento de independencia.

## LOS ACONTECIMIENTOS EN LA CAMPAÑA DE HIDALGO

La invasión de Napoleón a España y la cesión de la corona española a José Bonaparte a finales del siglo XVIII provocaron la conmoción de la Nueva España. La clase criolla novohispana empezó a realizar reuniones secretas en las que se planteaba quitar del mando a los europeos debido a que habían ejercido un gobierno “arbitrario y tirano”.

Fueron diversos los integrantes de las conspiraciones. En la de Querétaro destacan el licenciado Miguel Domínguez y su esposa, Josefa Ortiz; hombres de leyes, como Parra y Laso; militares, como Arias, Lanzagorta, Ignacio Allende e Ignacio Aldama; comerciantes, como los hermanos Epigmenio y Emeterio González, y eclesiásticos, entre los que sobresalió Miguel Hidalgo y Costilla (De la Torre, 1992: 85). Al ser descubierta la confabulación, fueron arrestados diversos integrantes del grupo, pero doña Josefa Ortiz de Domínguez logró enviar un mensaje a Hidalgo por medio de Aldama.<sup>1</sup>

Aldama llegó a Dolores con la noticia de que la conspiración había sido descubierta. Allende visitaba a Hidalgo cuando llegó la noticia, y entre los tres analizaron la situación y decidieron iniciar la revuelta contra los peninsulares en ese pueblo, la madrugada del 16 de septiembre de 1810 (Rodríguez, 1992: 34).

<sup>1</sup> Hidalgo, Allende, Aldama y el resto de los líderes criollos representaban a elites marginales que carecían de un sólido respaldo entre los ricos y los poderosos del Bajío (Rodríguez, 1992: 34).



Miguel Hidalgo era párroco del pueblo de Dolores, de la intendencia de Guanajuato. Ex alumno de los jesuitas, poseía una gran cultura. Fue profesor y rector del colegio de San Nicolás en Valladolid y era estimado por las autoridades eclesiásticas y los feligreses. Al dirigirse a sus parroquianos en la mañana del 16 de septiembre, no les habló de México, sino de los “americanos”, de la “América” que podía ser entregada a los franceses o ingleses; los exhortó a que se le uniesen para proteger el reino; los alentó diciéndoles que se había acabado la opresión y que ya no habría más tributos. A los que se alistaron con caballos y armas les pagó un peso diario y a los de a pie, cuatro reales (Jiménez, 1997: 107). El exhorto del cura tuvo eco entre la gente pobre del campo por la pobreza material que sufrían, en especial durante los últimos años, así como por el desempleo y los bajos salarios (Van Young, 2006: 869-871).

Una vez que Hidalgo dio el Grito de Dolores, los insurgentes se dirigieron a San Miguel el Grande donde tomaron la plaza sin dificultad; después, se encaminaron a Celaya, la que ocuparon el 20 de septiembre. Poco a poco, el contingente fue creciendo, pues se le unieron labradores, mineros y gente sin empleo, que en algunos momentos superó a los contingentes militares disciplinados. Los pobres insurrectos practicaron un saqueo indiscriminado, sin importarles si se trataba de europeos *buenos* o *malos* o si eran peninsulares o criollos. Se trataba de una horda, más que de un contingente militar (Rodríguez, 1992: 36).

Si bien el movimiento insurgente contaba con una amplia base formada por indígenas y mestizos, no fueron éstos los motores del levantamiento, sino los criollos. En una proclama fechada el 25 de septiembre de 1810, los insurgentes relatan: “verificamos los criollos en el pueblo de Dolores y Villa de San Miguel el Grande, la memorable y gloriosa acción de dar principio a nuestra santa libertad poniendo [...] presos a los gachupines”. La proclama termina con una arenga que se parece a la de Hidalgo en el pueblo de Dolores: “viva nuestra fe católica, viva nuestro amado soberano el señor Fernando Séptimo y vivan nuestros derechos que Dios [y] la naturaleza nos han dado [...] ¡Viva la fe cristiana y muera el mal gobierno!” (Jiménez, 1997: 109). No obstante, la insurrección devino en movimiento popular y no sólo en el de un grupo de criollos inconformes. Van Young explica que la política metropolitana impulsó a los criollos a tomar las armas, mientras que a los mestizos e indígenas los motivaron la pobreza, los salarios ofrecidos por los insurgentes y las ganancias que resultarían de los saqueos (Van Young, 2006: 180).

Los insurgentes se dirigieron de Celaya a Guanajuato, rica ciudad minera y corazón económico del Bajío. Ahí, tomaron la alhóndiga tras la matanza de 200 soldados y 105 españoles. A pesar de que Allende buscó contener el desorden y los saqueos, éstos proliferaron y el caos se solucionó hasta que se impuso la pena de muerte a los ladrones (De la Torre, 1992: 86-87). De Guanajuato, Hidalgo fue a Valladolid, sede del obispado y una de las ciudades más opulentas de la Nueva España. En este lugar, obtuvo recursos económicos de la Iglesia y los particulares, y se le adherieron el Regimiento de Dragones de Michoacán y el de infantería provisional.

A finales de octubre de 1810, los insurgentes vencieron a las tropas realistas de Torcuato Trujillo en el monte de Las Cruces, cerca de la Ciudad de México. Después de permanecer algunos días en Cuajimalpa, Hidalgo decidió retroceder a Querétaro. El 2 de noviembre fue derrotado por Félix María Calleja en San



Jerónimo, Aculco. La derrota puso de manifiesto la incapacidad de los líderes insurgentes de controlar un ejército heterogéneo y la evidente necesidad de adiestrar a las tropas. Tras esa batalla, los líderes insurgentes se separaron, pero en enero de 1811 Allende y Aldama volvieron a unirse a Hidalgo, quien propuso esperar a Calleja en el Puente de Calderón para hacerle frente. En este sitio, el día 17 de ese mes, los insurgentes sufrieron una derrota total. Hidalgo, Allende y Aldama decidieron buscar ayuda en Estados Unidos, pero en el pueblo de Nuestra Señora de Guadalupe de Baján fueron aprehendidos y posteriormente, fusilados.

Es importante tomar en cuenta que en los primeros años del movimiento insurgente no existía la idea de México como nación. Si bien Hidalgo, en ocasiones, empleó los nombres de México, Imperio Mexicano o Nación Mexicana, casi siempre lo hizo refiriéndose a la Ciudad de México. *El Despertador Americano* del 20 de diciembre de 1810 se dirige “a todos los habitantes de América”, en especial a los “nobles americanos, virtuosos criollos”, a quienes invita a despertar “al ruido de las cadenas que arrastráis ha tres siglos” (Jiménez, 1997: 111).

## LOS ACONTECIMIENTOS DE LA CAMPAÑA DE MORELOS

El triunfo del ejército realista sobre Hidalgo no significó la restauración de un orden que se derrumbaba por todo el país, pues la insurrección de aquél sólo fue el inicio de un largo periodo de lucha insurgente que buscaba la emancipación de la Nueva España.

Con la derrota de Hidalgo se hizo patente la necesidad de darle unidad al movimiento, y muerto el cura de Dolores, la dirección del movimiento fue tomada por Ignacio López Rayón, quien pertenecía a la corriente conservadora y liberal moderada. El nuevo jefe del movimiento buscó acuerdos con las fuerzas realistas, pero éstas rechazaron su propuesta y le exigieron la rendición incondicional. Ante este panorama, propuso a Morelos una mayor cooperación entre los jefes insurgentes; es decir, entre el bloque de fuerzas revolucionarias, los representantes conservadores y los liberales americanos moderados. Como nuevo jefe del movimiento insurgente, planteó una junta nacional para poder lograr sus fines. Morelos estuvo de acuerdo con López Rayón en darle unidad al movimiento (Sugawara, 1999: 26).

El 21 de agosto de 1811 quedó organizado en Zitácuaro el gobierno mediante el establecimiento de la Suprema Junta Nacional de América, en la que López Rayón recibió el título de presidente y Liceaga y Verduzco el de vocales. La junta buscaba la unión entre españoles y americanos (INEGI, 1985: 72). La lealtad a Fernando VII y su uso como bandera del movimiento marca la diferencia entre la corriente conservadora y la liberal moderada frente a la liberal revolucionaria. A esta última le interesaba la independencia y la formación de un gobierno independiente, mientras que aquéllos querían la independencia y la unidad en torno de la monarquía española. Inconforme, Morelos aceptó la propuesta de los primeros (Sugawara, 1999: 27). Tiempo después de instalada la junta, el general Calleja tomó e incendió Zitácuaro, y la junta tuvo que trasladarse a Tlalchapa, de ahí a Sultepec y después a Tiripitío, donde, en junio de 1812, se vivió una situación tormentosa y se anunció la separación de sus tres principales componentes. Incluso hubo enfrentamientos armados entre las fuerzas del presidente y las de los dos vocales (INEGI, 1985: 72).

Morelos, al igual que López Rayón, era partidario de la creación de un gobierno y de establecer las bases de una nueva nación, de ahí que el 14 de septiembre de 1813 reuniera en Chilpancingo un congreso con representantes de todas las provincias, ante el cual dio a



conocer su ideario político en un documento conocido como *Los Sentimientos de la Nación*, en que se plantean la independencia definitiva y el rompimiento con Fernando VII. Se propone una república tripartita, la abolición de la esclavitud y la igualdad civil ante la ley, así como la supresión de tributos parroquiales. El pensamiento y las acciones de Morelos revelan su interés por formar una patria nueva, sin desigualdades ni injusticias.

En el aspecto militar, Morelos realizó varias campañas. En la primera, constituyó su ejército, combatió en la Sabana, intentó tomar Acapulco y penetró en Tixtla. La segunda campaña fue de expansión: llegó al norte de Guerrero, el sur de Puebla y al actual estado de Morelos. En su tercera campaña logró sitiar y tomar Oaxaca, el 25 de noviembre de 1812, y Acapulco, el 20 de agosto de 1813 (De la Torre, 1992: 96).

La revuelta de Morelos no sólo tuvo éxito por la gran capacidad de liderazgo de éste, sino también porque tenía entre sus huestes lugartenientes aptos, como Leonardo y Miguel Bravo, Hermenegildo Galeana, Manuel Félix Fernández (Guadalupe Victoria) y Vicente Guerrero. Morelos cumplió su última etapa integrando el Congreso en Chilpancingo, del que fue protector, lo que le imposibilitó toda acción y aun causó su desgracia. Mientras buscaba poner a salvo el Congreso, fue sorprendido, el 5 de noviembre de 1815, en Tezmalaca, Puebla. Es llevado a la Ciudad de México, donde se le instruye un doble proceso. Degradado como eclesiástico, declarado hereje, perseguidor y turbador de la jerarquía, traidor al rey, es fusilado en San Cristóbal Ecatepec el 22 de diciembre de 1815 (De la Torre, 1992: 95-97).

Para los realistas, los levantamientos de Hidalgo, Rayón y Morelos representaron el fracaso de los insurrectos en busca del poder, mientras que para los insurgentes, esas campañas resultaron la fase de preparación y maduración de un movimiento que creció rápidamente. Para mediados de 1815, Morelos consideraba que el sistema de gobierno de los insurrectos se había perfeccionado sucesivamente hasta sujetarse a la constitución de Apatzingán de 1814 (Sugawara, 1999: 21-22).

## LA RESISTENCIA INSURGENTE DE 1816 A 1820

Es indudable que el periodo que va de 1811 a 1815 es el más dinámico de la resistencia insurgente, tanto desde el punto de vista de la acción militar como de la política. Fusilado Morelos, la resistencia insurgente se debilitó ante la falta de la cohesión y dirección necesarias.

Desecho el Congreso, los insurgentes buscaron mantener un gobierno mediante las “juntas”. El Congreso había dejado en Teretán, Michoacán, a la Junta Subalterna Gubernativa. En abril de 1816, en Uruapan, sus integrantes, Izazaga, el padre Torres y el doctor San Martín, decidieron trasladarse al fuerte de Jaujilla. El nuevo “gobierno establecido bajo el sistema republicano” fue reconocido por Guerrero que luchaba en el sur, pero no por López Rayón (INEGI, 1985: 90).

Después de la muerte de Morelos, sólo algunos insurrectos resistieron aisladamente, como Pedro Moreno y el padre Torres, en el centro, y Vicente Guerrero, Nicolás Bravo y Guadalupe Victoria en el sur, pero éstos tuvieron que cambiar de táctica militar para adoptar la guerra de guerrillas. Por su parte, las fuerzas realistas, fortalecidas por los regimientos españoles, lograron recuperar gran parte del territorio de la Nueva España. Calleja multiplicó sus fuerzas para romper el cinturón rebelde que obstaculizaba los accesos a México, Puebla, Veracruz y Oaxaca (INEGI, 1985: 88). El virrey buscó inundar con sangre la revolución y sin someterlos a juicio, fusiló a los que habían formado parte del movimiento libertador, no dudó



en desconocer leyes para obtener la victoria y arrestó a diversos funcionarios insurgentes, como Francisco Galicia. La actitud de Calleja sólo logró reforzar los temores de los americanos con respecto al gobierno español.

Después de años de rebelión, el territorio de la Nueva España se encontraba devastado y el orden político empezaba a desmoronarse por el esfuerzo de acabar con la insurgencia. Muchos clérigos, funcionarios y empresarios peninsulares abandonaron las poblaciones por temor a los rebeldes y fueron sustituidos por oficiales europeos. De esta forma, el gobierno adquirió un carácter militar y los nuevos administradores fijaron exigencias a los lugareños. Los soldados consideraron a todos los americanos como sus enemigos e infligieron golpes y otro tipo de avisos a los indios. Los novohispanos se percataban así de que el régimen jurídico había dejado de funcionar.

En septiembre de 1816, Calleja fue sustituido como virrey de la Nueva España por Juan Ruiz de Apodaca. El nuevo virrey empezó una política de reconciliación al otorgar la amnistía a los rebeldes (Rodríguez, 1992: 58). Con Apodaca, el movimiento insurgente casi se esfumó, pues se habían rendido Melchor Múzquiz, en Monte Blanco, cerca de Córdoba, y Ramón López Rayón entregó el fuerte de Cóporo, en Michoacán. El doctor José María Cos se acogió al indulto, al igual que Francisco Osorno, Juan N. Rosains y Francisco Muñoz. Nicolás Bravo, López Rayón y Verduzco, después de ser apresados, también se acogieron al indulto (INEGI, 1985: 90-91).

En fecha 15 de abril de 1817, un nuevo acontecimiento impulsó el movimiento independentista de la Nueva España. Francisco Javier Mina desembarcó en Soto la Marina, Tamaulipas. Mina nació en España, el 1 de julio de 1789, se opuso a Fernando VII por haber derogado la constitución de Cádiz de 1812 y disuelto las Cortes. Perseguido, tuvo que emigrar. Residió en Francia y luego en Inglaterra. En Londres, se vinculó con fray Servando Teresa de Mier —quien era originario de la Nueva España—. Éste era hombre de ideas republicanas y enemigo de todo gobierno absolutista; por ello, fue remitido a España (INEGI, 1985: 91-92). En 1816, Mina partió de Inglaterra hacia Estados Unidos y de ahí a México, y con 250 hombres desembarcó en Soto la Marina. Lanzó varias proclamas y se comprometió a luchar por la emancipación de los americanos.

Apoyado por Pedro Moreno, Mina tuvo varias victorias: venció en Valle de Maíz a Villaseñor, en Peotillo a Armiñán y en San Felipe a Ordóñez. La junta de Jaujilla entregó a Mina el mando de todas las fuerzas del Bajío, en reconocimiento por sus victorias. El gobierno virreinal lo vio como un serio peligro para las instituciones coloniales y, por lo mismo, toda la atención del ejército realista se dirigió a terminar con el nuevo caudillo de la revolución. Mina no pudo derrotar a Liñán, ni socorrer al fuerte de los Remedios y tampoco pudo tomar Guanajuato (INEGI, 1985: 94-98). Finalmente, fue capturado el 27 de octubre de 1817 y fusilado frente al fuerte de los Remedios, el 11 de enero de 1818.

Con la muerte de Mina y desecha la junta de Jaujilla que había resistido hasta el 6 de marzo de 1818, la insurgencia se desesperanzó. La *Gaceta de México* publicó: “la maldita revolución de independencia está vencida y... la Nueva España pacificada” (INEGI, 1985: 100). Pero el movimiento aún no se había extinguido: si bien unos insurgentes desaparecían, otros surgían y unos más subsistían; por ejemplo, Olarte y Guadalupe Victoria, en Veracruz; Torres, en el Bajío; los Ortices o “Pachones” y “el Giro” o Andrés Delgado, en Guanajuato; el padre Sánchez, en Puebla, y Pedro el Negro, a las puertas de la Ciudad de México, y con ellos, invicto, Vicente Guerrero (INEGI, 1985: 103).



A partir de 1818, el más importante núcleo de resistencia era el que comandaba Vicente Guerrero, quien estaba apoyado por Pedro Ascencio. Contra ellos se dirigió la estrategia política y militar del virreinato. Las fuerzas realistas, comandadas por Armijo, tuvieron que luchar en un medio hostil, en un territorio en el que los guerrilleros sabían moverse con facilidad, pues lo conocían a la perfección. Para 1819, Guerrero, junto con su lugarteniente Pedro Ascencio, dominaba Coyuca, Ajuchitlán, Santa Fe, Tetela del Río, Huetamo y Cuauhlotitlán, y había instalado la Junta de Gobierno en Tecpan. Luchó durante nueve años por la causa insurgente, y aunque en ocasiones fue seguido por muchos y en otras por pocos, no desmayó ni prestó oídos a las promesas de las autoridades virreinales (INEGI, 1985: 106).

Al enterarse del levantamiento de Rafael Riego en España en enero de 1820, por el cual Fernando VII fue obligado a jurar la Constitución de 1812, Guerrero consideró que era el momento idóneo de pactar con su contrincante, José Gabriel de Armijo, a quien propuso unir fuerzas para lograr la independencia, pero Armijo no aceptó. Guerrero no se desanimó e invitó a Carlos Moya, oficial de Armijo, a sumarse a sus proyectos, pues estaba convencido de que no se alcanzaría el éxito por las armas, y de ahí su propuesta de unir a españoles y mexicanos para obtener la independencia mediante la cooperación de las fuerzas realistas e insurgentes. Pero Moya informó de las intenciones de Guerrero a Armijo y éste al virrey. Apodaca entrevió una esperanza de arreglo y poco después, el 9 de noviembre de 1820, sustituyó a Armijo por Agustín de Iturbide. El virrey consideraba que Iturbide podría pactar con Guerrero y negociar la pacificación sin alterar el gobierno (De la Torre, 1992: 126-128).

Iturbide enfrentó a las tropas de Pedro Ascencio y fue derrotado, mientras que Carlos Moya perdió ante Guerrero. Estas derrotas demostraron a Iturbide que los insurgentes tenían un fuerte arraigo en el sur y que sería difícil vencerlos. Consideró entonces que era mejor pactar y mandó una carta a Guerrero en la cual expuso sus planes de independencia. El 24 de febrero de 1821 proclamó el Plan de Iguala, que Guerrero apoyó y que ambos ejércitos acordaron sostener y luchar por la independencia.

Las disposiciones del Plan de Iguala quedaron resumidas en el lema de las tres garantías: Religión, Independencia y Unión. El gobierno imperial de la Nueva España se desmoronó siete meses después de promulgado el plan e Iturbide propuso a Apodaca, jefe político de México, que aceptara la independencia como algo inevitable y asumiera el cargo de presidente de la Junta Soberana; éste, sorprendido por la inesperada rebelión, asumió una actitud conciliadora e incitó a Iturbide a que se volviera a unir al régimen. Apodaca se percató de la consolidación del movimiento y decidió poner fin a la insurrección por medio de la fuerza, pero fue inútil.

En mayo de 1821, buena parte del país estaba en poder de los insurrectos, lo cual engrosó las filas del Ejército de las Tres Garantías con contingentes realistas, antiguos insurgentes y numerosos civiles. El 29 de mayo, Apodaca escribió a España que muchas de sus tropas se habían pasado al bando insurgente y que el reino estaba a punto de perderse.

A la llegada de Juan O'Donojú, los insurgentes tenían dominado casi todo el país, salvo la capital y Veracruz, que se encontraban en poder del ejército realista. Iturbide negoció con el virrey O'Donojú, quien finalmente suscribió el tratado de Córdoba, el 24 de agosto de 1821, por el cual se reconocía la independencia de la Nueva España y se aceptaba el Plan de Iguala. El 24 de septiembre de 1821 quedó establecida la Junta Soberana; tres días después, Iturbide hizo su entrada triunfal a la Ciudad de México y, el 27 de septiembre, manifestó:

Mexicanos ya estáis en el caso de saludar a la patria independiente como os anuncié en Iguala [...] Ya sabéis el modo de ser libres; a vosotros os toca el de ser felices [...]  
(Jiménez, 1997: 121).



Los habitantes eran ya “mexicanos”, pero ¿quiénes se asumían como tales? En muchos sectores de la sociedad existía una confusión de identidad.

## CONCLUSIÓN

La derrota de Hidalgo, Allende y Aldama no constituyó el fin de una revuelta, sino el inicio de un largo proceso que llevó 11 años y que, a partir de aquel momento, tuvo como fin la independencia de México. En el movimiento emancipador participaron no sólo los criollos, sino, destacadamente, mestizos e indígenas.

Ciertamente, la lucha de Hidalgo no buscó la emancipación, pero a partir de Morelos la resistencia insurgente se propuso el objetivo de la independencia total con respecto a España. Resistió todos los embates y derrotas, y luchó por lograr la anhelada libertad de la patria, por la libertad de trabajo, industria y comercio, por la igualdad de todos los hombres, por eliminar los monopolios en poder de los extranjeros y poderosos. La independencia fue siempre la única opción para establecer un gobierno libre, capaz de administrarse y dirigirse a sí mismo.

Todavía hacen falta estudios que determinen la actuación de los diversos grupos sociales que lucharon en la guerra de independencia, pues la historiografía se ha enfocado en los líderes: Hidalgo, Morelos, Bravo, Guadalupe Victoria, Guerrero y el resto, pero ha olvidado el estudio de los grupos sociales. Falta analizar en detalle el papel desempeñado por los mestizos, los párrocos de los pueblos y los cabecillas locales, gobernadores e indígenas pobres. Es necesario ese esfuerzo para tener un panorama más amplio de la resistencia entre los diferentes sectores sociales y sobre las causas que impulsaron a muchos a tomar las armas. Entonces y ahora es claro que no todos compartían planes políticos y económicos. Esa labor permitirá comprender de mejor forma el significado de la independencia de México.



## BIBLIOGRAFÍA

- De la Torre Villar, Ernesto (1992), *La independencia de México*, México, FCE, 104 pp.
- Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Historia (1985), *La independencia de México. Atlas Histórico*, México, INEGI, 124 pp.
- Jiménez Codinach, Guadalupe (1997), “La insurgencia de los nombres”, en Josefina Zoraida Vázquez, *Interpretaciones de la Independencia de México*, México, Nueva Imagen, pp. 103-122.
- Rodríguez, Jaime (1992), *El proceso de la independencia de México*, México, Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, 70 pp.
- Sugawara, Masae (1999), “Morelos y Abad y Queipo: enfrentamiento político: 1812-1814”, en Patricia Galeana, *El nacimiento de México*, México, FCE, pp. 20-32.
- Van Young, Eric (2006), *La otra rebelión. La lucha por la independencia de México 1810-1821*, México, FCE, 1007 pp.

